CAPÍTULO VIII.

Sacan á Guzman de Alfarache de la cárcel de Sevilla para llevarlo al puerto á las galeras; cuenta lo que pasó en el camino, y en ellas.

Galeote soy, rematado me veo, vida tengo de hacer con los de mi suerte, ayudarles debo á las faenas para comer con ellos. Híceme de la banda de los valientes, de los de *Dios es Cristo*, púseme mi calzon blanco, mi media de color, jubon acuchillado y paño de tocar, que todo me lo enviaba mi dama, con esperanzas que aun habia de pasar aquel tiempo, y habia de tener libertad. Con esto, y cobrando mis derechos de los nuevos presos, pasaba gentil vida, y aun vida gentil, que tal es la de los tales como yo, cuando se hallan allí en aquel estudio. Cobraba el aceite, prestaba sobre prendas un cuarto de un real por cada dia, estafaba á los que entraban, dábales culebras, libramientos y pesadillas, porque allí aunque se conoce á Dios, no se teme; tiénenle perdido el respeto como si fueran paganos, y por la mayor parte, los que vienen á semejante miseria son rufianes y salteadores, gente bruta, y por maravilla cae, ó por desdicha grande, un hombre como yo, y cuando sucede, acaso es que le ciega Dios el entendimiento, para por aquel camino traerlo en conocimiento de su pecado, y á tiempo que con clara vista lo conozca, le sirva y se salve. Huyó en mi tiempo un rufian, que teniéndolo sentenciado á muerte, y puesto en la enfermería para sacarlo al dia siguiente á justiciar, viendo jugar en tercio á los que lo guardaban, se levantó del banco y se fué para ellos como pudo, con sus dos pares de grillos y una cadena, y preguntándole donde iba, dijo: Acá vengo á pasar el tiempo un rato. Las guardas le dijeron que se ocupase rezando y encomendándose á Dios, y respondióles: Ya tengo rezado cuanto sé, y no tengo mas que hacer, barajen y echen por todos, y tráigase vino con que se ahogue esta pesadumbre. Dijéronle ser muy tarde, que ya estaba cerrada la taberna, y dijo: Díganle á ese hombre que es para mí; basta, no digan mas, y juguemos, que juro á Cristo que no entiendo en lo que ha de parar este negocio. A este son bailan todos: otros hay que se mandan hacer la barba y cabello para salir bien compuestos, y aun mandan escarolar un cuello almidonado y limpio, pareciéndoles que aquello, y llevar el bigote levantado, ha de ser su salvacion. Y como en buena filosofía, los manjares que se comen vuelven las hombres de aquellas complexiones, así el trato de los que se tratan, de donde se vino á decir: *no con quien naces, sino con quien paces*. Ya yo era uno de estos, y como bárbaro queria ocupar un poco de dinerillo que tenia en alquilar uno de aquellos bodegones de la cárcel, mas temiendo el dia que pudieran tocar al arma, y por no dejar perdido el empleo, no lo hice, y acertélo, que como ya hubiese número de veinte y seis galeotes, y trajésemos inquieta la cárcel, temió el alcaide no le hiciésemos algun agujero por donde nos desapareciésemos, hizo diligencias en descargarse de nosotros. Un lunes de mañana nos mandaron subir arriba, y dando á cada uno el testimonio de su sentencia, nos fueron aherrojando, y puestos en cuatro cadenas, nos entregaron á un comisario, que nos llevase nuestro poco á poco un rato á pié y otro paseándonos. De esta manera salimos de Sevilla con harto sentimiento de las rameras, que se iban mesando por la calle, arañándose las caras por su respecto cada una, y ellos los sombreros bajos encima de los ojos, iban como corderos mansos y humildes, no con aquella braveza de leones fieros que solian, y porque no les valia hacerlos. No puedo negar haberlo sentido mucho, acordándome de tanto tiempo bueno como por mí pasó, y cuan mal supe ganarlo. Vínome á la memoria, si esto se padece aquí, si tanto atormenta esta cadena, si así siento aqueste trabajo, si esto pasa en el madero verde, ¿qué hará el seco? ¿Qué sentirán los condenados á eternidad en perpetua pena? En esta consideracion pasé las calles de Sevilla, porque ni mi madre me acompañó, ni quiso verme, y solo fuí solo entre todos. Caminábamos á espacio segun podíamos, y era harto poco, porque cuando yo iba libre queria detenerme mi compañero á lo que le hacia necesario. El otro iba cojo de llevar el pié descalzo, y todos los mas muy fatigados. Éramos hombres, y como tales en sentir ninguno se nos aventajaba. ¡O condicion miserable nuestra, y á cuántos varios y miserables casos estamos obligados! Llegamos á las Cabezas, y al salir de ellas una mañana, ya que tendríamos andado poco mas de una media legua, divisó uno de nosotros á un mozuelo que venia hácia el pueblo con una manada de lechoncillos de cria, y pasando la palabra de unos en otros, nos pusimos en ala, como si fueran las galeras del Turco, y hecho de todos una media luna, les acometimos de tal órden, que cerrando los cuernos delanteros, nos quedaron en medio, y á bien librar del mozuelo venimos á salir á lechon por hombre. Bien que dió gritos, haciendo exclamaciones, pidiéndole al comisario, que por un solo Dios nos los mandase volver, mas él se hizo sordo, como quien habia de ser el mejor librado, y nosotros pasamos adelante con la presa. Cuando á la venta llegamos á sestear, quisiera el comisario que partiéramos del hurto con él, que pues habia sido consentidor, tenia la misma parte que cualquier agresor. Mandó

que le asasen uno, y sobre cual habia de dar el suyo se levantaba un alboroto de la maldicion, porque no habia en todos nosotros tres que tuviesen uso de razon. Cuando vi el motin, y que pudiera justamente hacerme á mí mas cargo por de mas entendimiento, dije: Señor comisario, aquí tiene vuestra merced el mio á su servicio, y si gustare de ello, pues hay harta gente de guarda, mande vuestra merced que me deshierren, que yo se lo aderezaré de mi mano, que aun reliquias me quedaron de tiempo de un buen cocinero. Agradecióme mucho el cumplimiento, y dijo: Verdaderamente, despues que vienes á mi cargo, he reconocido en tí cierta nobleza, que debe proceder de alguna buena sangre; yo te agradezco el presente, y holgaré comerlo, como lo tienes ofrecido. Sacóme de la cadena, y encomendándome á las guardas, pedí el recaudo que fué necesario, y segun el malo que allí habia, no pude mas que sazonarlo bien de asado, con sus huevos batidos y sal. Quisiérale hacer algun relleno, me faltó lo necesario; hícele una salsa de los higadillos, que le supo muy bien. Habian llegado en la misma ocasion unos pasajeros, los cuales no poco les pesó de hallarnos allí, por parecerles que aun las orejas no las tenian seguras de nosotros. La mesa en que habian de comer era una banca larga, llegada junto á un poyo; la comida se aderezó para todos junta, el comisario les hizo cumplimiento, sentáronse los tres á la hila, y el uno de ellos tomó su portamanteo, y poniéndolo á sus piés debajo de la mesa, puso tambien unas alforjas en que traia queso, la bota del vino, y un pedazo de jamon, y para poderle sacar mejor, desvió por delante un poco el portamanteo, dejando las alforjas entremedias de él y de sus piernas. Yo cuando vi que tanto se recataba, sospeché que no sin causa, y pidiéndole un cuchillo á la huéspeda, lo metí en el brazo por entre la manga, y poniendo un barreño grande con agua debajo de la mesa, y en él una garrafa de vino á enfriar, para servir al comisario, cada vez que me bajaba para querer dar vino, trabajaba un poco en el portamanteo, hasta que habiéndole quitado las hebillas, y dándole una gentil cuchillada, pegada con la cadenilla, saqué de él dos envoltorios pequeños y algo pesados, los cuales acomodé por luego en los calzones, y volviendo á ponerle las hebillas, quedó todo cubierto sin dejarse ver alguna cosa del hurto. Acabaron de comer, alzóse la mesa, y hecha la cuenta, se fueron los forasteros, y nosotros comenzamos á querer aliñar para querer tambien hacer lo mismo. Soto mi camarada iba en otra cadena diferente, que no poca pena me daba no poder ir parlando con él, mas antes que me herrasen lleguéme á él de secreto, y díle los dos lios que me los guardase, para poder despues en mejor ocasion saber lo que llevaban; recibiólos alegremente, y matando su lechoncillo sin que se lo sintiese alguno, se los metió en el cuerpo, y abocóle las asadurillas á la herida, de

manera, que no se cayesen, y mejor pudiese tenerlos encubiertos. Ya cuando me quisieron meter en la cadena, roguéle al comisario me hiciese merced en acomodarme con mi camarada, y él de muy buena gana lo hizo; sacó á uno de los de aquel ramal, y trocónos. Ibamos caminando perezosamente, segun costumbre, y á pocos pasos andados, díjele á Soto: ¿Qué os digo, camarada? ¿Dónde guardaste aquello? Él como si no me conociera, ni le hubiera dado alguna cosa, se hizo tan de nuevas, que me hizo sospechar si acaso habria bebido al uso de la patria, y estaba trascordado; íbale haciendo recuerdos de cuando en cuando, y él negaba siempre, hasta que mohino me dijo: ¿Venís borracho, hermano? ¿Qué me pedis, ó qué me dísteis, que ni os entiendo, ni os conozco? No puedo exajerar el coraje que allí recibí de semejante ingratitud en un hombre á quien yo tanto habia regalado siempre, que bocado no comí sin que con él partiese, ni real tuve de que no le diese medio, y que tambien habia de tener en aquello su parte, que me negase amistad y lo que le habia dado. Él era de mala digestion, alborotóse á mis palabras, desentonó la voz con juramentos y blasfemias que obligaron al comisario á quererlo castigar con un palo. Yo, confiado en la merced que me hacia, le supliqué lo dejase, porque iba enojado; y queriendo saber la causa de tanta descompostura, y viendo que ya se queria quedar con todo, hice mi cuenta: si al comisario le digo lo que pasa, podrá ser que ya que no todo á lo menos partirá conmigo, y tocaré algo siquiera; no se ha de quedar este ladron con ello riyéndose de mí. Determinéme á contarle lo sucedido, que no poco se debió de holgar, por la codicia que luego le nació de quitárnoslo á entrambos. Mandóle á Soto que luego diese lo que le habia dado; nególo valentísimamente; hizo que las guardas lo buscasen, hicieron su diligencia y no le hallaron memoria de ello: creí que tambien él hubiese hecho lo que yo, dándolo á otro. Díjele al comisario que sin duda lo habria rehundido entre los mas que íbamos allí, porque real y verdaderamente yo se los dí. Él viendo que palabras blandas, amenazas, ni otro algun remedio era parte á que lo manifestase, mandó hacer alto para hacerle dar tormento; y como allí no habia otros instrumentos mas que cordeles, diéronselo en las partes bajas, y en comenzando á querer apretar por ser tan delicadas y sensibles, y él que siempre fué de poco ánimo, confesó donde los llevaba. Luego le quitaron el lechon (que aun tambien se quedó sin él), y sacados los lios para ver lo que iba en ellos, hallaron en cada uno un rosario de muy gentiles corales con sus extremos de oro, que debian ser encomiendas diferentes. Él se los echó en la faltriquera prometiéndome hacer amistad por ello, y darme lo que yo quisiese. Soto se indignó contra mí, de manera que fué necesario volvernos á dividir, porque aun divididos le pusieron guadafiones á los pulgares en cuanto

iba caminando, porque cuando hallaba guijarros me los tiraba. Con este trabajo llegamos á las galeras á tiempo que las querian despalmar para salir en corso, y antes de meternos en ellas nos llevaron á la cárcel, donde pasamos aquella noche con la mala comodidad que las pasadas, y allí peor por ser estrecha y estar ocupada, mas como tal ó cual, así la llevamos, y habia de ser por fuerza, pues no podíamos aunque quisiéramos arbitrar ni escoger. Habló el comisario con los oficiales reales. Vinieron con los de las galeras y el alguacil real, y habiéndonos ya reseñado y hecho nuestros asientos, dieron su recado de la entrega al comisario, y diciéndome que me veria y lo haria muy bien conmigo, tomó su mula y acogióse que nunca mas lo vi. Para querernos pasar de la cárcel á las galeras, antes de sacarnos hicieron en ella repartimiento, y á seis de nosotros nos cupo ir juntos á una, y mis pecados que así lo quisieron, el uno de ellos era Soto mi camarada. Luego nos entregaron á los esclavos moros, que con sus lanzones vinieron á llevarnos, y atándonos las manos con los guardines que para ello traian, fuimos con ellos. Entramos en galera, donde nos mandaron recoger á la popa, en cuanto el capitan y cómitre viniesen para repartirnos á cada uno en su banco; y cuando llegaron anduviéronse paseando por crujía, y los forzados de una y otra banda comenzaron á darles voces, pidiendo que se les echasen á ellos; unos decian que tenian allí un pobrete inútil, otros que cuantos habia en aquel banco todos eran gente flaca, y viendo lo que mas convenia, cúpome á mí el segundo banco adelante del fogon, cerca del rancho del cómitre, al pié del árbol, y á Soto le pusieron en el banco del patron. Dióme pena tenerlo tan cerca de mí por la enemistad pasada, que nunca mas pudimos digerirnos el uno al otro, él á lo menos que tenia corazon crudo, porque yo jamás le negué amistad, ni le habia de faltar en lo que me hubiera menester; mas él quisiera que como el comisario se alzó con todo se lo hubiera dejado, y lo hubiera hecho si tan mal pago creyera que habia de darme. Cuando me llevaron al banco diéronme los de él el bien venido, que trocara de buena gana por un bien excusado; diéronme la ropa del rey, dos camisas, dos pares de calzones de lienzo, almilla colorada, capote de jerga y bonete colorado. Vino el barberote, rapáronme la cabeza y barba, que sentí mucho, por lo mucho en que lo estimaba; mas acordéme que así corria todo, y que mayores caidas habian otros dado de mas alto lugar; quité los ojos de los que iban adelante, y volvílos á los que venian detrás, que aunque sea verdad ser la suma miseria la de un galeote, no la hallaba tanta, como mi primero mal casamiento, y consoléme con los muchos que semejante tormento quedaron padeciendo. El mozo del alguacil se llegó luego á echarme una calceta y manilla, con que me asió á un ramal de los mas mis camaradas: diéronme mi racion de

veinte y seis onzas de bizcocho. Acertó á ser aquel dia de caldero, y como era nuevo, y estaba desproveido de gabeta, recibí la mazamorra en una de un compañero. No quise remojar el bizcocho, comíle seco, á uso de principiante, hasta que con el tiempo me fuí haciendo á las armas. El trabajo por entonces era poco, porque como se concertaban las galeras y estaban despalmadas, no servia de otra cosa toda la chusma que de dar á la banda cuando nos lo mandaban, porque no se derritiese con el sol el sebo. Todo el vestido que metí en galera lo junté y vendí. Hice de ello algun dinerillo, el cual junté con otro poco que saqué de la cárcel, y no sabia cómo ni dónde poderlo tener guardado con secreto, para socorrer algunas necesidades que se suelen ofrecer, ó para hacer algun empleo con que poder hallarme con seis maravedís cuando los hubiese menester; y como ni allí tenia cofre, arca ni escritorio cerrado adonde poderlo guardar, me trajo un poco inquieto, sin saber qué hacer de él. En tenerlo conmigo, corria peligro de los compañeros; darlo á tercero ya tenia experiencia de la mala correspondencia. Todo lo veia malo, hube de pensarlo bien, y resolvíme que no podria darle mejor lugar y secreto que arrimado con el corazon: otros lo tienen adonde ponen su tesoro, y púselo yo al revés. Busqué hilo, dedal, aguja, hice un landre, donde cosiéndolo muy bien lo traia puesto, como dicen, al ojo, libre de sus amigos, enemigos mios, que siempre me lo andaban acechando, en especial un famoso ladron camarada mio de junto á mí, que no fué posible hurtarme de él á media noche y á oscuras, para guardarlo en aquella parte, porque cuando me sentia dormido me visitaba todo al tiento; y como las alhajas no eran muchas, eran fácilmente visitadas; recorrióme la mochila, el capote y los calzones, hasta que vino á dar con el almilla, que mejor la pudiera llamar alma, pues con aquel calor vivificaba la sangre con que la sustentaba. Su cuidado era mucho en robarme, y no menor el mio en recelarme, que si alguna vez me la desnudaba, de tal manera la ponia, que fuera imposible no llevándome á cuestas podérmela sacar de abajo. Con esta solicitud caminaba, y estuve mucho tiempo; en el cual como considerase que donde quiera que un hombre se halle tiene forzosa necesidad para sus ocasiones de algun ángel de guarda, puse los ojos en quien pudiera serlo mio; y despues de muy bien considerado, no hallé cosa que tan á cuento me viniese como el cómitre, por mas mi dueño, que aunque sea verdad que lo es de todos el capitan, como señor y cabeza, nunca suele por su autoridad empacharse con la chusma; son gente principal y de calidad, no tratan de menudencias ni saben quién somos. Tambien porque lo tenia por mas vecino, y como á tal pudiera regalarlo con facilidad, y por ser el que tiene mando y palo. De esta manera me fuí poco á poco metiendo de cuña en su servicio, ga-

nando siempre tierra, procurando pasar á los demás adelante, tanto en servirlo á la mesa como en armarle la cama, tenerle aderezada y limpia la ropa, que á pocos dias ya ponia los ojos en mí: no pequeña merced recibia que se dignase de verme, pareciéndome cada vez que me miraba una bula ó indulto de azotes, y que me dejaba con esto absuelto de culpa y de pena. Mas engañéme, porque como naturalmente son ásperos, y se buscan tales para tal oficio, nunca ponen los ojos para considerar ni agradecer lo bueno, sino para castigar lo malo; no son personas que agradecen, porque todo se les debe. Matábale de noche la caspa, dábale friegas en las piernas, hacíale aire, quitábale las moscas, con tanta puntualidad que no habia príncipe poderoso mas bien servido, porque si le sirven á él por amor, al cómitre por temor del arco de pipa ó anguila de cabo, que nunca se les cae de la mano, y aunque sea verdad que no es aqueste modo de servir tan perfecto y noble como otro, á lo menos pone mayor cuidado el medio. Entre unas y otras, cuando le veia desvelado lo entretenia con historias y cuentos de gusto. Siempre le tenia prevenidos dichos graciosos con que provocarle la risa, que no era para mí poco regalo verle alegre la cara. Ventura tuve con él acerca de esto; y mereciólo mi buen servicio, porque ya no queria que otro le sirviese las cosas de su regalo, sino yo, en especial que tenia sobre ojos á un forzado, que antes que yo le habia servido; porque con tratarlo bien siempre andaba desmedrado, y cada dia se iba mas consumiendo, dábale pena verlo, pues con tener mejor vida que los otros, y tanto que le daba de comer de su mismo plato y de lo mejor, era como los potros de Gaeta, que cuanto mas bien los piensan, valen menos y son peores. Viéndonos juntos una tarde, sirviéndole á la mesa, me dijo: Guzman, pues tienes letras y sabes, ¿no me dirias ahora qué será la causa que habiendo Fermin entrado en galera robusto, gordo y fuerte, habiéndole procurado hacer amistad, teniéndolo en mi servicio, no comiendo bocado que con él no lo partiese, tanto se desmedra mas, cuanto yo mas lo acaricio? Entonces le respondí: Señor, para satisfacer á esa pregunta seráme necesario referir otro caso semejante á este de un cristiano nuevo y algo perdigado, rico y poderoso, que viviendo alegre, gordo, lozano y muy contento en unas casas propias, aconteció venírsele por vecino un inquisidor, y con solo el tenerlo cerca vino á enflaquecer de manera, que lo puso en breves dias en los huesos, y juntamente daré á entrambos la absolucion con otro caso verdadero, y fué de esta manera.

Tuvo Muley Almanzor (que fué rey de Granada) un muy gran privado suyo, á quien llamaron el alcaide Buferiz, hombre muy cuerdo, puntual, verdadero, y otras muchas partes, dignas de su mucha privanza, por las cuales el rey lo amaba, y tanto por la

confianza que tenia, que ninguna dificultad en el mundo lo fuera para él, cuando se atravesara de por medio su servicio; y como los que aquesta gloria merecen son siempre envidiados de los indignos de ella, no faltó quien, oyéndole decir al rey lo dicho, dijo: Señor, pues para que veas que no sale cierto le que tanto encareces del alcaide, pruébalo en alguna dificultad que lo sea, y por la diligencia que para ello pusiere, conocerás de veras las de su alma para contigo. Fué contentísimo el rey con esto, y dijo: No solo le quiero mandar cosa que sea dificultosa, mas aun será imposible; y mandándole llamar, le dijo: Alcaide, tengo que os encargar una cosa que habeis luego de cumplir sopena de mi desgracia; y es que os entregaré un carnero bueno y gordo, el cual tendreis en vuestra casa, dándole de comer su racion entera, como siempre se le ha dado, y mas, si mas quisiere, y dentro de un mes me lo habeis de dar flaco. El pobre Moro, que otro no fué siempre su deseo que acertar á servir á su rey, aunque nunca creyó podria salir con un imposible semejante, no por eso desmayó, y recibiendo el carnero lo hizo llevar á su casa, segun se lo habia mandado, y puesto á imaginar cómo saldria con su deseo, tanto cavó con el pensamiento que vino á dar en una cosa muy natural, con que facilisímamente cumplió con el precepto. Hizo que le trajesen hechas dos jáulas, ambas de fuerte madera y de igual tamaño, las cuales puso cercanas la una de la otra, y en ellas metió en la una el carnero y en la otra un lobo. Al carnero le daban su racion cumplidamente, y al lobo tan limitada que siempre padecia hambre, y así con ella procuraba cuanto podia (sacando la mano por entre las verjas) llegar adonde el carnero estaba, procurando comérselo. El carnero, temeroso de verse tan cercano á su enemigo, aunque comia lo que le daban, hacíale tan mal provecho por el susto que siempre tenia, que no solamente no medraba, empero se vino á poner en los puros huesos. De este modo lo entregó á su rey, no faltándole á lo por él mandado, ni cayendo de su acostumbrada gracia. Mi cuento sirve al propósito acerca de haberse Fermin enflaquecido en la privanza, pues el temor que tiene de vuesa merced, á quien él tanto deseaba servir, le hace no medrar. Cayóle al cómitre tan en gracia lo bien que le traje acomodado el cuento, que me hizo mudar luego de banco, pasándome á su servicio con el cargo de su ropa y mesa, por haberme siempre hallado igual á todo su deseo. No por aquella merced que para mí fué muy grande, habiendo querido excusarme de las obligaciones de forzado, en usar los oficios de galera, dejé (por solo mi gusto) de acudir á ellos; quise saber de mi voluntad lo que alguna vez podrian obligarme de necesidad. Enseñéme á hacer medias de punto, dados finos y falsos, cargándolos de mayor ó menor, haciéndolos dos ases uno enfrente de otro, ó dos seises para fulleros, que los buscaban de esta manera. Tambien aprendí á ha-

cer botones de seda y cerdas de caballo, palillos de dientes muy graciosos y pulidos, con varias invenciones y colores, matizados de oro, cosa que solo yo dí en ello. Estando mi peso en este fiel, fué necesario salir á Cádiz mi galera por unos árboles y entenas, brea, sebo y otras cosas, que fué aqueste viaje la primera cosa en que trabajé, que como era tan privado del cómitre, no me obligaban á mas de lo que yo queria; y como aquesta faena no fuese á mi parecer trabajosa, por no ir en alcance, ó de huida, donde importan el trabajo y fuerzas, y por entre puertos de ordinario se boga descansadamente y sin azotes, como por entretenimiento, fuí aguantando el remo, solo por comenzar á saber lo que aquello era en alguna manera; mas no fué tan poco ni fácil, que á causa que traíamos remolcando los árboles y entenas, cuando llegamos á dar fondo no viniese muy bien cansado y sudado, por no querer apartarme de allí, ni dar ocasion á murmuracion, dejando de la mano lo que una vez quise de mi gusto poner en ella. Fué aquesto causa, que con facilidad aquella noche, despues de acostado mi amo, me durmiese, dejándome caer como una piedra. Y dílo bien á entender á mis camaradas, pues lo que antes no habian oido, me sintieron entonces que fué roncar como un cochino. El traidor de mi banco, el primero como estaba cerca, oyóme, y llamando pasico á otro del mio muy aliado suyo, le dijo su deseo y buena ocasion que habia para hurtarme aquel dinerillo; acomodáronse ambos así en la manera del partirlo como del quitármelo, que hubieran salido muy bien con todo si yo *no tuviera el padre alcalde.* Quitáronmelo con mucha facilidad, y luego pasó banco, pareciéndoles que haber sido de noche y no sentidos de alguno, teniendo ambos firme la negativa, se quedarian con ello. Despues de amanecido, recordados ya todos, yo me levanté algo pesado de sueño, pero ligero de ropa; porque aquel peso que solia tener encima de mi corazon, ya no lo sentia, y pesábame mucho que no me pesase; miré, y hallé mi dinero menos; quedé mortal como un difunto, no supe que hacer; si callaba, lo perdia; y si hablaba, me lo habian de quitar; ya me hallé desposeido de ello de cualquier manera, y entre mí dije: Si quien me lo quitó no me ha de quedar agradecido, ni por ello tengo de recibir de él algun beneficio, mejor será que lo goce quien, ya que se quede con ello, no dejará de hacerme algun reconocimiento, y juntamente con esto quedará castigado el que aqueste daño ha querido hacerme; á lo menos comerálo con dolor, cuando no saquen de ello algun otro provecho. Cuando el cómitre se levantó de dormir y le dí el vestido, díle larga relacion de mi desgracia, diciéndole como habia sacado aquellos dinerillos de Sevilla, y juntádolos con lo procedido del vestido que metí en galera, lo cual tenia guardado para socorro de algunas necesidades que suelen ofrecerse, ó para hacer empleo en algo que fuese aprovechado. Enseñéle con esto el falsopeto en que los tenia guardados, que dejaron la señal amoldada, como si fuera cama de liebre que se habia levantado de ella en aquel punto. Parecióle al cómitre ser evidente verdad la que le decia, y dándome crédito por solo aquel indicio y amor que me tenia, mandó poner en ejecucion dos bancos de adelante y seis de atrás, donde viniendo el mozo del alguacil con el escandallo, le dieron á cada uno cincuenta palos de hurtamano, que les hicieron levantar los verdugos en alto, dejando los cueros pegados en él. Hacíanseles preguntas á cada uno de por sí, de lo que sabia de vista ó por oidas, y despues de bien azotados, los lavaban con sal y vinagre fuerte, fregándoles las heridas, dejándolos tan torcidos y quebrantados, como si no fueran hombres. Cuando sucedió este hurto, acaso no dormia un forzado gitano, y cuando llegó su vez, que lo querian arrizar, dijo que habia sentido á su compañero aquella noche antes levantarse y echarse sobre el otro banco mio, pero que no sabia para qué. Cuando el forzado sintió que hablaban de él y lo cargaban, se puso en pié diciendo que se le habia embarazado el ramal en los del otro banco, y que tenia el pié de la manilla torcido, y se habia levantado en pié para desenmarañarla; mas como la razon era flaca, y no tal que pudiera ser admitida por excusa, y mas de quien tan bien los conoce, al momento lo arrizaron, y diéronle muchos palos mas que á los otros. Y fué tanto el coraje que cobró el cómitre con el mozo del alguacil porque no se los daba con las ganas que él quisiera, que le mandó dar luego á él otros tantos, demás de otros muchos que le dió de su mano con un arco de pipa. Y con aquella ira volvió luego á mandar arrizar otra vez al delincuente, á quien bastaran los azotes ya pasados, mas cuando se vió arrizar otra vez, creyó del cómitre que lo habia de matar á palos hasta que confesase la verdad, y tuvo por bien decirla de plano, quién, y cómo tenia el dinero, y la traza que se habia tomado para quitármelo, excusándose lo mas que podia, diciendo que bien descuidado estaba él de ello si no le incitaran. Fué muy mejorado en azotes por su culpa, y volvieron el dinero, que fué de mí muy bien recibido de mano del cómitre, aconsejándome juntamente que lo emplease aprovechándome de él, que mi comodidad seria muy de su gusto. Iba creciendo como espuma mi buena suerte por tener á mi amo muy contento. Y queriendo salir las galeras, que se habian de juntar con las de Nápoles para cierta jornada, salí á tierra con un soldado de guarda, y empleé mi dinerillo todo en cosas de vivanderos, de que luego en saliendo de allí habia de doblarlo, y sucedióme bien. Hice, con licencia de mi amo, de aquella ganancia un vestidillo á uso de forzado viejo, calzon y almilla de lienzo negro ribeteado que por ser verano era mas fresco y á propósito. Ya con las desventuras iba comenzando á ver la luz de que gozan los que siguen á la virtud, y protestando con

mucha firmeza de morir antes que hacer cosa baja ni fea; solo trataba del servicio de mi amo, de su regalo, de la limpieza de su vestido, cama y mesa, de donde vine á considerar, y díjeme una noche á mí mismo: Ves aquí, Guzman, la cumbre del monte de las miserias, adonde te ha subido tu torpe sensualidad; ya estás arriba, y para dar un salto en lo profundo de los infiernos, ó para con facilidad, alzando el brazo, alcanzar el cielo. Ya ves la solicitud que tienes en servir á tu señor por temor de los azotes, que dados hoy no se sienten á dos dias. Andas desvelado, ansioso, cuidadoso y solícito en buscar invenciones con que acariciarlo para ganarle la gracia, que cuando conseguida la tengas, es de un hombre, y cómitre. Pues bien sabes tú que no la ignoras, pues tambien lo estudiaste, cuánto menos te pide Dios, y cuánto mas tiene que darte, y cuánto mejor amigo es. Acaba de recordar de aquese sueño; vuelve y mira, que aunque sea verdad haberte traido aquí tus culpas, pon esas penas en lugar que te sean de fruto; búscate caudal para hacer empleo, búscalo ahora, y hazlo de manera, que puedas comprar la bienaventuranza. Esos trabajos, eso que padeces, y cuidado que tomas en servir á ese tu amo, ponlo á cuenta de Dios, hazle cargo aun de aquello que has de perder, y recibirálo por su cuenta, bajándolo de la mala tuya. Con eso puedes comprar la gracia que si antes no tenia precio, pues los méritos de los santos todos no acaudalaron con que poderla comprar, hasta juntarlos con los de Cristo, y para ello se hizo hermano nuestro. ¿Cuál hermano desamparó á su buen hermano? sírvelo con un suspiro, con una lágrima, con un dolor de corazon, pesándote de haberle ofendido, que dándoselo á él juntará tu caudal con el suyo, y haciéndolo de infinito precio, gozarás de vida eterna. En este discurso, y otros que nacieron de él, pasé gran rato de la noche no con pocas lágrimas, con que me quedé dormido, y cuando recordé, halléme otro no yo ni con aquel corazon viejo que antes; dí gracias al Señor, y supliquéle que me tuviese de su mano; luego traté de confesarme á menudo, reformando mi vida, limpiando mi conciencia, con que corrí algunos dias; mas era de carne, á cada paso trompicaba, y muchas veces caia; mas en cuanto al proceder en mis malas costumbres, mucho quedé de allí en adelante renovado, aunque siempre por lo de atrás mal indiciado, no me creyeron jamás; que aquesto mas malo tienen los malos, que vuelven sospechosas aun las buenas obras que hacen, y casi con ellas escandalizan porque las juzgan por hipocresía. Dicen vulgarmente un refran, que *se sacan por las vísperas los dias santos*. El que quisiere saber como le va con Dios, mire como lo hace Dios con él, y sabrálo fácilmente. Pones tu diligencia, haces lo que tienes obligacion como cristiano, son tus obras de algun mérito, conocerás que recibe Dios tu sacrificio y tiene puestos los ojos en tí, mira si te trata como se trató á sí, que señal segura es

que tu señor te ama, cuando del pan que come, del vestido que viste, de la mesa y silla en que se sienta, del vino que bebe y de la cama en que se acuesta, no hace diferencia de la tuya y todo es uno. ¿Qué tuvo Dios, qué amó Dios, qué padeció Dios? trabajos. Pues cuando partiere de ellos contigo mucho te quiere, su regalado eres, fiesta te hace, sábela recibir aprovechándote de ella, no creas que deja de darte gustos y haciendas, por ser escaso, corto ni avariento, porque si quieres ver lo que aqueso vale, pon los ojos en quien lo tiene, los Moros, los infieles, los herejes. Mas á sus amigos y á sus escogidos, con pobreza, trabajos y persecuciones los banquetea. Si aquesto supiera conocer, y su divina Majestad se sirviera de ello, de otra manera saliera yo aprovechado. Helo venido á decir, porque verdaderamente cuando el discurso pasado hice, lo hice muy de corazon, y aunque no digno de poder merecer por ello algun premio como tan gran pecador, aun por aquella migaja de aquel cornadillo, al mismo punto tuve la paga; luego comenzaron á nacerme nuevas persecuciones y trabajos. A Dios pluguiera que como debia lo considerara; sacóme de aquel regalo, comenzóme á dar toques y aldabadas, perdiendo aquella pequeña sombra de yedra, secóseme, nacióle un gusano en la raiz, con que hube de quedar á la fuerza del sol, padeciendo nuevas calamidades y trabajos, por donde no pensé sin culpa ni rastro de ello, y son estos para quien sabe conocerlos el tesoro escondido en el campo. Y pues hasta aquí llegaste de tu gusto, oye ahora por el mio lo poco que resta de mis desdichas, á que daré fin en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO IX.

Prosigue Guzman lo que le sucedió en las galeras, y el medio que tuvo para salir libre de ellas.

Hubo un famoso pintor, tan extremado en su arte, que no se le conocia segundo; y á fama de sus obras, entró en su obrador un caballero rico, y concertóse con él que le pintase un hermoso caballo bien aderezado, que iba huyendo suelto. Hízolo el pintor con toda la perfeccion que pudo, y teniéndolo acabado, púsolo donde se pudiera enjugar brevemente. Cuando vino el dueño á querer visitar su obra, y saber el estado en que la tenian, enseñósela el pintor, diciendo tenerla ya hecha; y como, cuando se puso á secar la tabla, no reparó el maestro en ponerla mas de una manera que de otra, estaba con los piés arriba y la silla debajo. El caballero